LIBRARY OF PRINCETON
FEB 2 0 2004
THEOLOGICAL SEMINARY

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/ekklesia6101facu

EKKLESIA

LIBRARY OF PRINCETON
SEP
THEOLOGI

EN ESTE NUMERO:

El papel del Confesionalismo en el Movimiento Ecuménico de América Latina
por Guido Tornquist

La traducción del texto latino de la Confesión de Augsburgo
por Carlos Witthaus

El Propósito de la Salvación Divina
por E. J. Keller

La vida de la Iglesia de Dinamarca vista por un heredero argentino-danés
por Alfredo Munk Jensen

Forum

Bibliografía

Vol. VI, 10 Abril 1962

REVISTA LUTERANA

JUNTA EDITORIAL Y REDACTORA

Presidente:

Jonás Villaverde, D. D., Presidente de la Iglesia Evangélica Luterana Unida en la Argentina.

Miembros:

José H. Deibert, Profesor de la Facultad Luterana de Teología.

Béla Leskó, D. D., Rector de la Facultad Luterana de Teología.

Rodolfo Obermüller, Profesor de la Facultad Luterana de Teología y de la Facultad Evangélica de Teología.

José D. Rodríguez, Profesor de la Facultad Luterana de Teología.

Responsable de este número: *Béla Leskó.*

ADMINISTRACION:

Facultad Luterana de Teología:

Albor Casal, administrador; *Carmen H. de Rodríguez*, distribuidora.

Publicación cuatrimestral

Suscripción para el año 1962:

En la Argentina: $ 270.— En el exterior: U$S 3.—

Redacción y Administración:

Gaspar Campos 6151, José C. Paz, FNGSM.,
Provincia de Buenos Aires, Argentina.

«EKKLESIA»

REVISTA LUTERANA EDITADA POR EL CONCILIO ARGENTINO DE LA FEDERACION LUTERANA MUNDIAL

Año VI. *Abril 1962* *Número 10*

La Reforma Protestante y el Hombre Contemporáneo

Muchos consideran a la Reforma Protestante como un mero episodio histórico que, si bien tuvo influencia en una época pretérita, ya ha perdido su actualidad para el hombre contemporáneo. Se afirma que el mensaje de Lutero tuvo actualidad en una época en que el hombre, por determinadas razones históricas, era religioso. Todavía creía en Dios y en una vida trascendente. Se preocupaba por el problema del pecado y la salvación. Por lo tanto, tenía sentido para él el mensaje de la justificación por la fe. Hoy ha cambiado radicalmente el panorama. La "edad de la fe" ha sido definitivamente superada. El hombre de la "era postcristiana" no tiene necesidad de Dios ni cree en una vida trascendente. Sus preocupaciones son de índole secular, no religiosa. Los conceptos del pecado y salvación no tienen sentido para él. Por lo tanto, el mensaje de la Reforma no habla a su situación. El interés que pudiere suscitarle la Reforma es un interés simplemente histórico.

Las anteriores afirmaciones serían ciertas si la situación humana del siglo fuese radicalmente distinta de la del siglo XVI. Tendrían validez si pudiera demostrarse que el hombre contemporáneo no tiene que enfrentarse con el problema fundamental de la existencia: el de su origen y destino. Independientemente de la forma en que el problema se formule, el hombre tiene que encararlo inexorablemente. Podría afirmarse que en nuestra época la necesidad básica del hombre no se expresa en los mismos términos que en la época de Lutero. Se dice que la angustia del hombre de hoy no es por la justificación del pecado, sino por encontrarle sentido a su vida. Quizás no haya palabras más pertinentes para describir la interpretación que tiene de su vida el hombre contemporáneo que aquellas que pone Shakespeare en labios de uno de sus personajes: "La

vida es una fábula contada por un idiota". Este sentimiento de vacuidad y ausencia de orientación y propósito son característicos de la condición humana de nuestro tiempo.

Sin embargo, ¿sería exagerado afirmar que esta angustia por la ausencia del sentido de la vida tiene su raíz en el hecho de que el hombre de hoy, como el del siglo XVI, vive en contradicción con su origen y destino? ¿No es cierto que el hombre, al querer afirmar su independencia de Dios, en cuya Palabra tuvo origen su existencia, ha dado un salto al vacío? Esta afirmación de nuestra presunta autonomía frente al Creador es lo que la Biblia llama "pecado", palabra que en su significado original quiere decir: errar el blanco. De modo que esa sensación de futilidad y ausencia de sentido que caracterizan la vida del hombre de nuestro tiempo denuncian una ruptura en las relaciones del hombre con Dios, el fundamento de su existencia. Esa situación no puede ser superada por el hombre. Sólo Dios puede restaurar esa relación quebrantada. Eso es lo que Él hace en Jesucristo. Desciende hasta nosotros para perdonar nuestros pecados y restaurarnos a su comunión. Este es el contenido del Evangelio que la Reforma redescubre y proclama. El hombre del siglo XVI que escuchó ese mensaje y lo recibió con fe, encontró un nuevo punto de partida para su vida. En la palabra del Evangelio le llegó la promesa de la justificación por la fe. Esta es la palabra que más vitalmente necesita el hombre contemporáneo. En ella el hombre descubre el sentido de su vida y la dinámica para vivir en armonía con aquel destino para el cual fue creado.

El recuerdo perenne de la Reforma reafirma nuestra fe en el Evangelio que es potencia de Dios para todo hombre que cree, sea éste medieval, renacentista o contemporáneo. Para el protestante, la Reforma no es un simple dato histórico del pasado, sino un acontecimiento que tiene actualidad en el presente. Es un llamado a escuchar con sencilllez de corazón aquel mensaje que trajo paz al fraile de Wittemberg y que puede traerla también al hombre de nuestro tiempo.

JOSE DAVID RODRIGUEZ

GUIDO TORNQUIST

El papel del Confesionalismo en el Movimiento Ecuménico de América Latina

Ante todo deseo dar expresión a mi agradecimiento por haberme invitado a participar en esta conferencia de estudio. Siempre es motivo de especial alegría para mí el poder concentrar mi atención en América Latina, en comunión con otros hermanos cristianos. Sabéis que el Brasil es mi país natal. Mi familia ha vivido allí por más de 90 años, y yo mismo soy miembro de la Iglesia Luterana del Estado de Rio Grande do Sul, la cual pudo celebrar en este año su 75º aniversario.

No me considero como una autoridad en la historia de la obra y el programa de las distintas denominaciones que sirven a nuestro Señor Jesucristo en América Latina. Tampoco es ésta la ocasión para trazar los contornos históricos del trabajo de confesión o misión latinoamericana alguna. Lo que estoy tratando de decir, debe interpretarse como un intento de introducción a las discusiones que seguirán; un intento —según mi propio punto de vista— de contribuir al problema de cuál es el papel que le corresponde al confesionalismo entre las iglesias protestantes de América Latina.

Contribuciones hechas por iglesias u órganos confesionales a favor de la amplificación de las relacines mutuas entre las iglesias de América Latina.

Hago resaltar que con toda intención me limito a referirme a tres grupos confesionales. La razón principal de esta limitación se debe a que mi trabajo en el Brasil me ha permitido llegar a un concimiento más íntimo de esos tres grupos. También he tenido acceso, ante todo, al material de estudio de esos grupos. Finalmente, los elijo como tipo de iglesias que ilustran la conexión entre el trabajo de iglesia y misión en el área correspondiente y la organización de agencias confesionales que más tarde se desarrolla sobre la base del mismo y se extiende a otros países y todo el continente latinoamericano. Estos tres tipos de iglesia en Latinoamérica son oriundos de Norteamérica y Europa. Tal hecho es típico para la verdadera situación del protestantismo latinoamericano,

ya que el protestantismo contemporáneo es hijo de las iglesias norteamericanas y europeas, como resultado del esfuerzo inmigratorio y misionero.

El protestantismo latinoamericano nació y sigue creciendo sobre una base denominacional. Toda la obra eclesiástica protestante en Latinoamérica fue emprendida en sentido denominacional; y casi todas las iglesias nacionales de Latinoamérica reflejan en su organización, su liturgia y demás vida eclesiástica la antigua iglesia de la que formaban parte. Es una relación de madre e hija, de iglesia madre a iglesia joven; y los contactos y relaciones entre las juntas misioneras o iglesias de origen con las iglesias de Latinoamérica o con sus áreas misioneras, continúan siendo de suma importancia y resultado para su trabajo mutuo. Esto no sólo se refiere al aspecto administrativo, financiero o personal del trabajo, sino también a la profunda relación espiritual y coparticipación con la iglesia que enviara a los primeros mensajeros del Evangelio a Latinoamérica y a los primeros pastores, misioneros o colonos inmigrantes.

Es de notarse que sobre todo en los últimos años, y en relación con el trabajo futuro, se puso un énfasis especial sobre las palabras Cooperación y Coordinación en y entre los tres grupos eclesiásticos de Latinoamérica. La consolidación de lazos sobre la base confesional; el incremento de la buena voluntad para cooperar con otras denominaciones y con el movimiento ecuménico han ido en aumento. Esta creciente manifestación de las relaciones intereclesiásticas, esta nueva conciencia ecuménica en Latinoamérica, encuentra su expresión en un intercambio con las denominaciones de las cuales esas iglesias o misiones forman parte. En otras palabras: se observa un creciente impulso de dejar en orden la propia casa para ir a visitar a los vecinos y prójimos de la casa de al lado, con ánimo de llegar a conocerse mutuamente y discutir asuntos de mutuo interés e importancia especial. Primero hubo el trabajo misionero, la aislada iglesia inmigrante de la diáspora, el trabajo en el área correspondiente, y la construcción de la iglesia propia de cada cual. Luego se produjo el crecimiento gradual del sentimiento de compañerismo dentro de una familia. La creciente conciencia latinoamericana entre las iglesias y su liderato tiene algo que ver con el crecimiento de tradiciones y confesiones particulares, con la coparticipación y la fe que las iglesias han experimentado dentro de su propia organización familiar. Esta experiencia mutua dio incremento a organizaciones confesionales que abarcan todo el continente latinoamericano. Por las razones arriba mencionadas, vuelvo a referirme exclusivamente a los tres órganos confesio-

nales: la Comisión de Cooperación Presbiteriana en Latinoamérica, la Junta Metodista Central Latinoamericana y la Comisión Latinoamericana de la Federación Luterana Mundial. El movimiento confesional es a menudo el primer paso hacia el despertar ecuménico.

Presbiteranos Unidos

Existe un ministerio cristiano efectivo que se va realizando a través de la Comunidad Presbiteriana en Latinoamérica con la única finalidad, el único propósito común, de proclamar el Evangelio y de ser un testigo tanto colectivo como individual de Jesucristo, a fin de que él llegue a reinar en los corazones y en la vida de todo ser humano, y su señorío se establezca en comunidades y países. Cada iglesia en los distintos países tiene su propio programa destinado a cumplir con la tarea de la evangelización, de la predicación, de la enseñanza, la de alcanzar a la gente con el Evangelio. Muchas iglesias nacionales se formaron y llegaron a un autogobierno, una autopropagación; muchas de ellas, en cambio, no han llegado todavía al autosustento. El contexto, o sea, el marco dentro del cual las Iglesias Presbiterianas de Latinoamérica realizan juntas su trabajo de propagación del Evangelio, consiste en un profundo cambio que se está efectuando en la vida económica, social y política de los países latinoamericanos. En ella están ubicadas a fin de testimoniar el poder espiritual que emana de la entrega total a Jesucristo.

Todo trabajo de misión, de relación y de cooperación de este grupo en Latinoamérica no se realiza dentro de los límites de una relación meramente organizadora, sino a través de una relación más espiritual, más profunda, de iglesia a iglesia. Por medio de la Comisión de Misión y Relaciones Ecuménicas, la Iglesia Presbiteriana de USA trata de cumplir su tarea en Latinoamérica dentro de un verdadero compañerismo ecuménico, en su sentido más profundo. Con este espíritu, los presbiterianos de Latinoamérica están avanzando hacia su meta común como Iglesia. Habiendo estado separados unos de otros hasta hace poco, encaran ahora problemas comunes en conferencias regulares; en el nivel local, nacional e internacional están llegando a conocerse personalmente. Nótase una conciencia creciente de una nueva confianza mutua entre las mismas iglesias. Uno de los resultados de tales relaciones consistió en la formación de una comisión permanente de presbiterianos, el anhelo de fomentar el estudio de problemas comunes, y de compartir determinados proyectos.

Existen buenas relaciones entre la Iglesia Presbiteriana Unida en USA, las Misiones y programas de acción en el campo, y las jóvenes iglesias latinoamericanas. Hasta hace poco las Iglesias Presbiterianas de Latinoamérica estaban aisladas unas de otras; no existía un auténtico sentimiento de relación entre las iglesias mismas; pero, a partir de 1955, se organizó la Conferencia Presbiteriana con el fin de promover un acercamiento mayor de las iglesias y de discutir las posibilidades de alguna forma de organización. "Este modo de encarar problemas comunes, estas discusiones hicieron nacer una nueva confianza entre los representantes" (Dr. Stanley Rycroft, Report, mayo de 1961).

El paso más importante dado por la Conferencia Presbiteriana fue el de organizar una comisión permanente de Cooperación Presbiteriana en Latinoamérica. Esta comisión, conocida en Latinoamérica como C.C.P.A.L. (sus iniciales en castellano), no es un cuerpo eclesiástico, sino una organización administrativa. Representantes de las iglesias presbiterianas de Latinoamérica están estudiando juntos los problemas que tienen en común, y se ponen de acuerdo acerca de ciertas líneas de acción, ya sea en lo referente al evangelismo, intercambio de predicadores, obreros fraternales, educación cristiana, mayordomía, publicación y distribución de folletos y demás literatura evangelística, ya sea en lo tocante a la extensión de la obra misionera en áreas que aún no han sido abarcadas. La C.C.P.A.L. creó un nuevo espíritu familiar entre las iglesias que componen su membrecía. En años recientes auspició dos significativas conferencias de educadores presbiterianos en Latinoamérica.

En agosto de 1959, el 18º Concilio General de la Alianza Presbiteriana Mundial tuvo lugar en San Pablo, Brasil, con la asistencia de 300 delegados de muchas partes del mundo. Por primera vez los miembros de la Alianza se reunieron fuera de Europa y de los EE.UU. Fue un hecho significante, que sin lugar a dudas sirvió para reforzar los lazos que atan a los presbiterianos latinoamericanos a las demás naciones en un espíritu de unidad y cooperación. La Alianza Presbiteriana Mundial promueve la unión de 69 "iglesias reformadas de orientación presbiteriana". Siete de ellas son iglesias establecidas en Latinoamérica.

No por ello se pierde de vista la cooperación con otras denominaciones y grupos. Dicha cooperación, como asimismo la acción conjunta en lo tocante a ciertos problemas y programas, fue realizándose a través de concilios nacionales, o bien a través de federaciones de iglesias en los distintos países. En Brasil, Colombia, Guatemala y Chile, los presbi-

terianos llegaron a ocupar posiciones de liderato, desempeñando un papel preeminente en los concilios interdenominacionales de las iglesias. En lo que respecta a servicios prestados por presbiterianos, no solamente a su propia Iglesia, sino también a otras denominaciones de Latinoamérica, me limito a mencionar la Organización CAVE en Campinas y la Escuela de Lengua Española en Costa Rica. Dirigiendo la mirada al futuro, los presbiterianos en Latinoamérica y los que simpatizan con ellos en ese continente y en el mundo entero, se aprestan a colocar en la gran empresa espiritual en que participan junto con otros cristianos evangélicos que creen en el poder de Jesucristo para transformar a hombres y naciones.

Hasta la fecha, las iglesias presbiterianas en Latinoamérica no mostraron deseos de unirse a la gran corriente de la cristiandad ecuménica y transformarse en miembros del Concilio Mundial de Iglesias; pero acaso tengan razones valederas para proceder así. Por otro lado hay indicios de que algunos líderes de las iglesias presbiterianas en Latinoamérica están revisando su opinión acerca del movimiento ecuménico.

Metodismo

La Iglesia Metodista se ha establecido en muchos países latinoamericanos. Por espacio de muchos años su trabajo se concentraba sobre todo en las grandes ciudades, y aún hoy la fuerza del metodismo está concentrada en ellas. En Argentina, el país de habla española más grande del mundo, el metodismo se ha revelado como un poder que va en aumento a partir de 1836, cuando el primer misionero americano inició su obra entre los marineros de habla inglesa; y más aún a partir de 1956, cuando fue organizada la primera congregación de habla española. En los cuatro años comprendidos entre 1956–1960 se notó un aumento del 21 % de miembros en la Argentina. Trátase de una iglesia con inquietudes sociales, con visión misionera, énfasis evangélico, instituciones educacionales, y con programa de literatura y publicaciones. En lo concerniente a sus relaciones mutuas, las Iglesias Metodistas se están amalgamando cada vez más mediante una mayor cooperación y acción conjunta en ciertos problemas y programas. Se celebran conferencias generales. Tanto Brasil como Méjico poseen Iglesias Metodistas autónomas desde 1930. Cada una de éstas tiene su propia Conferencia General, que constituye el cuerpo legal supremo de la Iglesia, elige sus propios obispos y colabora con la Iglesia en USA por medio de un Consejo Central o Comité de Cooperación.

Los proyectos de la Conferencia Central para los futuros años reflejan el anhelo cada vez más intenso de convertir el metodismo de aquellos países latinoamericanos en una unidad más sólida, mediante la cooperación con las direcciones nacionales y con las Juntas Generales capaces de rendir servicios al área entera. Se estudian proyectos para la creación de una revista oficial destinada a abastecer al área total con inclusión de circulares de interés local dentro de los distintos países, como también la creación de una revista juvenil que contribuya tanto a la unificación de la gente joven como al reforzamiento de su organización. Se espera que el nombramiento de un secretario ejecutivo "full time" para Educación Cristiana, asegure la coordinación y dirección del progreso de las publicaciones y actividades de toda el área en este campo.

La Junta Misionera Metodista Latinoamericana es uno de los resultados de la asamblea realizada en Lima, en agosto de 1960. Los representantes de dicha Junta se reunieron con autoridad para proyectar, iniciar y encaminar una consulta acerca de dónde debería iniciarse la obra en Latinoamérica. En las posibilidades que se brindan para la confección de un programa conjunto de Educación Metodista Latinoamericana, y en el acercamiento misionero a nuevos campos de acción, se concentra la orientación de los líderes metodistas de todos los países.

También en Brasil el metodismo se distingue por su cálida comprensión social, como nos enseña el mensaje de la Conferencia Central Latinoamericana en Lima, en agosto de 1960, enviado a las iglesias de aquella región y al mundo latinoamiricano en general. Tamaña fe e inquietud social obliga a la Iglesia Metodista de Latinoamérica a apartarse de cualquier acecho de vanidad. La Iglesia está consciente de un ritmo de crisis cada vez más acelerado; de un desasosiego profundo; de una transición de lo viejo a lo nuevo; de una transformación de condiciones a menudo revolucionaria, y se pregunta a sí misma cuáles son los movimientos cuya influencia debe reforzar y dónde debe comenzar nuevas empresas propulsoras.

Con firmes fundamentos en el pasado y una visión de las necesidades y oportunidades del futuro, las Iglesias Metodistas de Latinoamérica están empeñadas en proseguir su tarea dentro de la confraternidad de las Iglesias que aceptan a nuestro Señor Jesucristo como Dios y Salvador. La Iglesia Metodista en Brasil fue la primera del país que se integró al Consejo Mundial de Iglesias, y en muchos otros países, esta Iglesia fue instrumento de nuevas tentativas y del acercamiento al problema de las

relaciones intereclesiásticas y contribuyó a establecer un contacto vivo entre las iglesias con el fin de fomentar el estudio y la discusión de asuntos concernientes a la unidad eclesiástica. A este espíritu ecuménico de las Iglesias Metodistas a través de Latinoamérica, se debe la buena voluntad que muestran cuando se trata de alentar acciones comunes de las iglesias, de estimular la cooperación en el estudio, de establecer relaciones con federaciones denominacionales e interdenominacionales de alcance mundial, y de organizar y concurrir a conferencias especiales.

Luteranismo

Los luteranos constituyen una de las denominaciones más grandes de Latinoamérica, pues, cuentan con aproximadamente 900.000 miembros, la mayoría de los cuales vive en Brasil. Por su origen, la Iglesia Luterana es más el resultado de las inmigraciones europeas que de la actividad misionera. Gran parte del esfuerzo misionero norteamericano se produjo recién después de la segunda guerra mundial. Hoy observamos la obra luterana en todos los países Latinoamericanos. Es un hecho que los elementos y diferencias divergentes tienden a desaparecer y que las Iglesias se están acercando más y más; el pocencial del liderato de la Iglesia Luterana es promisorio y puede conducir al incremento del testimonio unido. Los luteranos residentes en Latinoamérica comprendieron cada vez más la necesidad de apartarse de su semi-aislamiento en el cual vivieran por espacio de muchos años; un semi-aislamiento de otros luteranos y otros protestantes. Las iglesias, los sínodos, las congregaciones y misiones colaboran ahora más estrechamente y ruegan al resto del mundo luterano a ayudarles en su tarea común. En otras palabras, los luteranos latinoamericanos han llegado a comprender que caminar, adorar y pensar forman una unidad indisoluble, y que les resulta imposible caminar y adorar juntos mientras no piensen juntos también.

Existen buenas razones para suponer que los años venideros producirán muchos cambios importantes en la situación luterana de Latinoamérica. Las diferencias internas entre los luteranos distan de mucho menos de 15 años. Ahora, en cambio, se hace sentir una armonía confesional más fuerte, y la coordinación nacional e internacional ha comenzado a dar ante el mundo latinoamericano su testimonio unido del Evangelio de Jesucristo como poder divino de salvación. El acercamiento unido se cuaja en responsabilidades respecto a misión, educación y grupos necesitados de ayuda espiritual o material. Cuando los luteranos

hablan de la Latinoamérica de hoy también ellos concentran su atención en agudos y radicales cambios políticos, sociales y culturales, y se preguntan a sí mismos: ¿Dónde estamos? ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo será el futuro? Sienten que la misión evangélica de su Iglesia debe cumplirse dentro del marco de la tumultuosa revolución latinoamericana. Más aún: debe cumplirse ahora, o sea, mientras las puertas estén abiertas todavía...

Es aquí donde el luteranismo está llamado a dedicar sus mejores esfuerzos al estudio cuidadoso del testimonio conjunto en Latinoamérica; no manteniéndose ya dentro de su semi-aislamiento; ni tampoco en oposición a cualquiera otra fe o ideología, sino predicando y practicando el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. En realidad, uno de los propósitos básicos de la LWF ha sido desde sus mismos comienzos el de fomentar la participación luterana en movimientos ecuménicos. Esta tarea oportuna y simpática de iniciar y participar en tales relaciones y estudios —en el nivel teológico y parroquial más elevado— dio impulso —y dirige— nuestros esfuerzos de manifestar la unidad de la Iglesia por medio de una fraternidad eclesiástica visible en Latinoamérica y superar tradicio nes locales, nacionales y sinodales. Debemos identificarnos más con el anhelo espiritual de Latinoamérica de contribuir con mayor eficacia a la solución de los enormes problemas sociales, los cuales una sola Iglesia no puede aspirar a influenciar suficientemente.

Esta nueva inquietud por la unidad cristiana en Latinoamérica puede observarse —para no dar más que un ejemplo— en la acción emprendida hace tres años en Brasil y Chile por la Ayuda Luterana Mundial / Servicio Mundial de Iglesias, empleándose la distribución de alimentos y ropa como base para ayudar a las iglesias evangélicas en la iniciación de su programa de servicio social. Ello condujo en ambos países a la creación de departamentos de trabajo social en las Federaciones Nacionales de Iglesias.

La Federación de Confesión Luterana en Brasil, que cuenta con más de 600.000 miembros, está afiliada a la Confederación Evangélica del Brasil, que tal vez constituya el mayor y más fuerte de los consejos de esa índole en Latinoamérica. Siendo desde un principio miembro del Consejo Mundial de Iglesias, la Iglesia Luterana en Brasil tiene sumo interés en esta confraternidad más amplia con otras denominaciones y grupos, como asimismo en una acción conjunta respecto a ciertos problemas y programas que se llevaron a cabo por medio de las Federaciones Nacionales de Iglesias en varios países. Con este nuevo espíritu de

cooperación acudieron los representantes luteranos a Lima para asistir en 1961 al Segundo Congreso Evangélico. Llegaron prácticamente de todos los países donde está trabajando la Iglesia Luterana. El número total de 20 pastores en Lima provenía de Méjico, Venezuela, Colombia, Chile, Brasil y Argentina. He aquí un cambio radical que indica que los luteranos latinoamericanos están realmente dispuestos a cooperar en el testimonio evangélico conjunto, o sea, con el movimiento protestante en Latinoamérica.

Ecumenicidad y Confesión

Se escuchan voces clamando que el confesionalismo en Latinoamérica es considerado en un sentido negativo. o sea, como un producto secundario del movimiento ecuménico. La creación de institutos teológicos confesionales de estudios superiores y otros programas denominacionales en el campo de la literatura fueron mirados con pesar, como un paso hacia atrás en el avance hacia la meta de una mayor unidad entre los protestantes de Latinoamérica.

Ya hemos visto que algunos grupos confesionales en Latinoamérica siempre se han mostrado dispuestos a una cooperación protestante más amplia y a fomentar el movimiento ecuménico. Por esta razón fue posible convocar los dos congresos evangélicos en Latinoamérica. Asimismo, hizo posible la existencia de esperanzados proyectos futuros. ¡No nos abandonemos, sin embargo, a ilusiones optimistas! Pese al llamado y mensaje de Lima; pese a la gran demostración de creciente unidad entre la cristiandad no-católica en Latinoamérica en el último congreos, sigue siendo un hecho que el Consejo Mundial de Iglesias apenas fue mencionado en Lima. Todavía ahora, el movimiento ecuménico tiene una influencia muy limitada en esa parte del mundo. Existen demasiados prejuicios contra el Concilio Mundial de Iglesias, considerándolo como liberal en el sentido teológico y tolerante frente al comunismo, en el sentido político. Es éste un problema muy serio para las iglesias protestantes en Latinoamérica, y realmente importante para la unidad futura, tanto en su aspecto organizador como en el espiritual, siempre que estemos verdaderamente interesados en una auténtica ecumenicidad entre nosotros.

La ecumenicidad se distingue en mucho de todo concepto humano de unidad. Cuando el Señor nos llama a ser unidos en la fe, se trata de un llamado que se dirige en primer lugar a nosotros mismos, tanto como un don que recibimos como una tarea que debemos llevar a cabo. Porque

bajo ninguna circunstancia Su llamado debe ser interpretado como una sugestión de seguir siendo lo que somos, y que sólo "los demás" deben cambiar de idea. Sólo si tomamos esto a pecho, podemos identificar nuestra propia denominación con la Iglesia de Cristo, podemos pensar en presentar a los demás el problema de la unidad y encararlo dentro de un espíritu de justicia y honradez.

El Dr. W. A. Visser't Hooft, en nombre del Concilio Mundial de Iglesias, en proceso de formación, dirigió saludos fraternales a la Federación Luterana Mundial en ocasión de la importante asamblea y constitución en Lund, Suecia, en 1947. Dijo en aquella oportunidad:

> "El Consejo Mundial tiene plena conciencia del hecho de que la tarea ecuménica sólo puede ser realizada si las principales federaciones confesionales y alianzas cumplen con su cometido de acercar las iglesias de su familia confesional en una confraternidad más estrecha, preparando así el camino para la otra tarea, mayor aún y más difícil, de establecer la fraternidad más amplia, la fraternidad ecuménica cristiana. Nosotros, como portadores de la herencia original de la Reforma, con su énfasis intransigente puesto en el hecho de que solamente la Palabra de Dios crea y mantiene la Iglesia, deberemos prestar nuestra ayuda a la confraternidad ecuménica entera en su búsqueda de una unidad más inclusiva que no puede ser formada por los hombres sino únicamente creada por esa misma Palabra eterna de Dios".

El confesionalismo es un elemento indispensable para un auténtico movimiento ecuménico, siempre que sus anhelos tengan una firme base teológica. El confesionalismo de una auténtica y viva Iglesia que no se cobija en un sectarismo mezquino y limitado, significa siempre que esa Iglesia debe estar preparada para encarar la tarea de dar un testimonio cristiano y vivir una vida cristiana de nuestros días. Nada hay de censurable en el deseo de ahondar la unidad de nuestra organización denominacional. Por cierto puede indicar una especie de aislamiento espiritual, introvertido y encastillado en su propia suficiencia. Pero, si por lo contrario damos por sentado que la base es sana, se deduce de ello que todo anhelo de conseguir una mayor unidad confesional implica que esta única y santa Iglesia Cristiana existe, y que no hace falta crearla por medio de la organización. Existe más allá de todo esfuerzo organizador, eclesiástico y hasta teológico, porque Cristo es el único Señor de la cristian-

dad; porque la Iglesia sólo puede evistir si confirma la presencia de su Señor con fe y obediencia, como observó el Obispo Enrique Meyer de Luebeck en la reunión de los participantes luteranos en la Asamblea Evanston del Consejo Mundial de Iglesias: "Las confesiones luteranas no colocan las confesiones luteranas en el centro de nuestra fe: colocan a Jesucristo en él".

El Consejo Mundial no es un intento de crear una super-iglesia; su base no es una "confesión" en el sentido de que trata de expresar toda la plenitud de la fe de las iglesias participantes. Es más bien una declaración concerniente al punto de partida para el diálogo entre las iglesias que forman el Consejo y al indispensable fundamento de su cooperación. El Consejo es simplemente un servidor de las iglesias ,ayudándolas a establecer un contacto viviente entre ellas y a hacer las cosas que desean hacer juntas.

El ayuda a las iglesias a establecer mutuas relaciones espirituales a través de las cuales tratan de aprender una de otra y a socorrerse una a otra, a fin de que pueda ser edificado el Cuerpo de Cristo, y renovarse la vida de las iglesias. Debemos adelantar juntos y alentar ese sentido de solidaridad ecuménica y de confraternidad, base indispensable para cualquier avance hacia la unidad cristiana.

Ahora bien: hay que preguntarse si los evangélicos en Latinoamérica están preparados para tal ecumenicidad; si la creciente madurez del movimiento evangélico, el creciente sentido de responsabilidad entre iglesias y teólogos de toda clase de herencia y tradiciones es realmente un índice de un genuino anhelo ecuménico de llegar a conocerse mutuamente sin recelo ni desdenes; de cooperar en tareas comunes; de dar testimonio común y de buscar cada vez más vigorosamente la unidad cristiana.

El peligro para el protestantismo latinoamericano desde que las iglesias se van acercando por medio del movimiento protestante y ecuménico en su desarrollo más reciente, consiste en que persigan la unidad por senderos que no los conduzcan directamente hacia la meta, sino que los hagan vacilar después del impulso eclesiástico inicial, por práctico y útil que éste fuera. Al mismo tiempo existe el peligro de que exigencias organizadoras, completamente impracticables o imposibles de cumplir, transformen la misión ecuménica de la cristiandad en un nominalismo que preocupa al hombre tan sólo por el hecho de que nunca alcanza del todo su meta. La ecumenicidad no es un despliegue de unidad que

se hace aparente de cuando en cuando; no es una empresa utópica de los hombres ni debe ser condenado a una rutina estéril.

No nos equivoquemos: las manifestaciones de doctrina y confesión son importantes para los que se consagran a una confraternidad plena. Juntos estamos colocados en planos diferentes de la vida, del trabajo y del testimonio cristianos; pero, también estamos llamados para investigar juntos la Escritura; para entablar serias discusiones y hallar un sincero acuerdo antes de poder establecer una confraternidad plena entre nosotros. Este es el requisito indispensable y previo a todo despliegue externo de unidad. Si bien nos sentimos avergonzados por nuestras divisiones como iglesias, no estamos dispuestos a buscar una unión externa a cualquier precio. No puede haber unidad entre seres que no concuerdan en cuanto a la esencia de la buena nueva que los une y que proclaman. El camino a la meta es el acuerdo conciso acerca de lo que Cristo es y de lo que Él hace.

Por esta razón opino que el movimiento ecuménico en Latinoamérica, nuestra determinación de conquistar unidad e integridad en el nombre de Jesús; esta actualización de nuestra unidad latinoamericana que debe hacerse efectiva entre nosotros gracias al poder del Señor, quien está presente entre nosotros en Su espíritu, necesita fuertes grupos confesionales. Sólo así se fortalecerá la verdadera ecumenicidad. Los que se oponen a la consolidación de iglesias de la misma fe, no son auténticamente ecuménicos. Ellos tratan de amalgamar todos los credos protestantes por medio de un proceso sincrético, ignorando las diferencias confesionales y destruyendo así la devoción y lealtad en asuntos de la fe. La fuerza ecuménica no puede ser edificada sobre semejante base. No estamos dispuestos a asociarnos con aquellos que desean reducir todas las denominaciones a un último (máximo) denominador común o un acuerdo doctrinal y una nueva Iglesia universal. Es posible que algún día, como consecuencia de una estrategia básica, tengamos que encarar la creación de alguna organización continental americana, por medio de la cual nuestro programa protestante unido pueda ser coordinado y llevado a cabo; pero yo estoy inclinado a pensar —sobre todo después de Lima— que la base con que contamos para bregar ahora por una organización que abarque todo el continente es relativamente débil. Deberíamos tener presente que existen distintas etapas en la unidad de la Iglesia, y la unión organizadora, visible, externa, no es necesariamente la primera. He aquí la primera de todas las preguntas: ¿Qué es lo que hace a la Iglesia? ¿Acerca de qué deben

ponerse de acuerdo los cristianos antes de poder vivir en plena confraternidad mutua, aun allí donde se trata de un problema de unión eclesiástica y de fusión de varias Iglesias en una sola unida? En Latinoamérica, el protestantismo se enfrenta con la necesidad de tener que comprobar que se encuentra realmente preparado para sacudir sospechas injustificadas acerca del gran movimiento ecuménico de nuestros días, y para entrar en la corriente principal de la comunidad mundial de los creyentes en Cristo. Si el movimiento ecuménico encara sólo de manera incidental y superficial aquello que es básicamente esencial en la cristiandad, desaparecerá pronto. Si por otro lado, el movimiento expresa algo que sin lugar a dudas le es intrínseco, tiene derecho a vivir, y no deberían ponerse obstáculos a su desarrollo en Latinoamérica.

Al formar el Concilio Mundial de Iglesias, 178 iglesias de todas partes del mundo y de todas las grandes confesiones cristianas —con excepción del Catolicismo Romano— manifestaron en Amsterdam: "Nuestra intención es la de permanecer juntos". Seis años más tarde dijeron en Evanston: "No basta con permanecer juntos. Debemos adelantar. A medida de que aprendemos más acerca de nuestra unidad en Cristo se nos hace más intolerable pensar que pudiéramos ser separados".

Si escuchamos con atención lo que las iglesias latinoamericanas más jóvenes que mantienen buenas relaciones con sus iglesias madres —sobre todo las de origen norteamericano y europeo— se están comunicando mutuamente acerca de las relaciones intereclesiásticas y la ecumenicidad a partir del Primer Congreso Evangélico en Buenos Aires (1949), y doce años más tarde en el Segundo Congreso Evangélico en Lima (1961), podemos sentir ese mismo espíritu de Evanston... tal vez no todavía con el mismo resabio manifiesto de descontento y determinación dinámica, pero en todo caso realmente presente y aumentando constantemente, y amonestando a las iglesias latinoamericanas de no contentarse con permanecer juntas, sino de avanzar juntas, de actuar juntas y de aprender más acerca de nuestra unidad en Cristo.

Antes que nada es necesario dar un testimonio común acerca de problemas en que estamos de acuerdo. Lamentablemente, no es éste el caso en toda Latinoamérica, aun cuando exista pleno acuerdo respecto a una gran cantidad de obras, las cuales podrían ser ejecutadas con eficacia mucho mayor mediante el esfuerzo unido, ya que una sola Iglesia no puede llevarlas a cabo. Sin embargo, ¡ésto no es suficiente! Es igualmente importante que estudiemos seriamente nuestras diferencias y las

tratemos en discusiones teológicas. El Señor obra en Su Iglesia. Nosotros debemos ser guiados por el Evangelio en nuestra obra ecuménica y nuestro pensar teológico, por ser el Evangelio el único criterio legítimo para la unidad visible de la Iglesia. El camino hacia la unidad es siempre el camino hacia la meta. El factor decisivo no consiste en que confesemos algo, sino en qué es lo que confesamos. Se necesita mucho trabajo y el auténtico anhelo de alcanzar la fusión sobre la base del conocimiento bíblico; no podemos prescindir de reflexiones y discusiones críticas, hechas con espíritu de humildad y arrepentimiento. Nunca alcanzaremos la verdadera unidad por medio de una mera cooperación, porque la verdadera Iglesia de Cristo vive o muere con el Evangelio, el verdadero tesoro de la Iglesia. Se necesita una cuidadosa consideración del modo en que puede ser expresada la viviente unidad cristiana, basada en la historia y en la confesión en que se fundamentan las iglesias. En resumen, tengo la impresión que los grupos confesionales de Latinoamérica y los centros confesionales mundiales con los que ellos están relacionados, serían los más indicados para hacer progresar el movimiento ecuménico. Ellos representan de una manera muy especial la idea de que la verdad es el elemento básico para lograr la unidad cristiana... de tal manera básica y universal es esta verdad en su concepto final, tal como fuera revelado al mundo por nuestro Señor Jesucristo, que le corresponde el lugar de preferencia también en todo nuestro esfuerzo ecuménico latinoamericano. Si mantenemos los ojos puestos en esta verdad de Jesucristo, nadie es capaz de vaticinar qué es lo que puede revelársenos en el futuro. Pero, una cosa es segura: seremos conducidos hacia Él, hacia el Uno que era y será por siempre jamás.

Que Dios ayude a Latinoamérica a aprovechar y servirse de las armas y oportunidades de nuestros días, a que los cristianos latinoamericanos puedan desempeñar su papel en este movimiento ecuménico de nuestro tiempo. Obedecer a Él requiere testimonio, servicio y unidad. En sus manos que saben bendecir con abundancia, mucho más allá de toda nuestra comprensión, ponemos a la Iglesia de Jesucristo en Latinoamérica.

CARLOS WITTHAUS

La traducción del texto latino de la Confesión de Augsburgo

El 25 de junio de 1530, a las 3 de la tarde, el canciller de Sajonia Dr. Cristián Beyer, en la sala de capítulo del palacio episcopal de Augsburgo, leyó ante el Emperador Carlos V y en presencia de los príncipes y los estados del Imperio reunidos en dieta, la Confessio Augustana en su redacción alemana.

Terminada la lectura, el canciller Gregorio Brueck entregó al soberano el texto latino, y el canciller Cristián Beyer la redacción en alemán. Ambos ejemplares llevaban la firma de ocho príncipes evangélicos y de los representantes de las dos ciudades Nuremberg y Reutlingen, y constituían la confesión de fe de los firmantes. El texto latino había sido elaborado por Felipe Melanchthon en colaboración con los teólogos protestantes presentes. El prefacio era obra del canciller Gregorio Brueck y había sido traducido al latín por Justo Jonas para la redacción latina, y la traducción habia sido pulida y ligeramente corregida por Melanchthon.

Los dos originales se han perdido. Se supone que Carlos V mandó el texto alemán al archivo imperial de Bruselas. En el archivo del Imperio de Maguncia se encontraba una copia que durante decenios fue considerada como el original. La redacción latina fue enviada a Bruselas al archivo imperial donde se guardó hasta el año 1569. El 18 de febrero de 1569 Felipe II dió al Duque de Alba la orden de retirar el ejemplar y de traerlo a España para su destrucción: "para que se hunda para siempre tan nefasta obra". El 10 de marzo Alba informó al rey que el director del archivo, Viglio van Zwischem, se negaba a entregar el documento. Felipe II tuvo que dar una segunda orden redactada en un tono enérgico, para conseguir la entrega. Sin duda Alba llevó más tarde el ejemplar a España, y allí fue destruído.

Los príncipes evangélicos y los representantes de las ciudades habían mandado hacer copias, en los meses de mayo y junio, para sus archivos, y los delegados de las ciudades para informar a los cabildos respectivos. Como Melanchthon había estado corrigiendo el texto hasta el último momento, esas enmiendas no pasaron a las copias, lo cual disminuye su valor.

Después del 25 de junio los dos ejemplares eran inaccesibles para los protestantes. En cambio, el Emperador mandó sacar copias para los teólogos católicos encargados de redactar la Confutatio, y permitió que se hicieran copias para los príncipes y estados católicos. Estas transcripciones se basaban en los textos definitivos y se hicieron con calma y esmero, lo cual aumenta su valor histórico.

El Emperador había prohibido la publicación por medio de la imprenta. No obstante, pronto aparecieron cinco ediciones en alemán y una en latín. Esas ediciones estaban plagadas de errores y su valor histórico es escaso.

Después de regresar a Wittenberg, Melanchthon se apresuró a publicar el texto auténtico en alemán y en latín. Esta publicación se dió a luz en mayo 1531 y lleva en la ciencia el nombre de *editio princeps*. En comparación con el original entregado en la dieta muestra algunas alteraciones estilísticas de escasa importancia. Es sabido que en ediciones posteriores Melanchthon introdujo cambios en los textos que no sólo se referían al estilo sino que afectaban el contenido doctrinario. Por ello, las ediciones de 1540 y de 1542 recibieron la dsignación "*variata*", mientras la *editio princeps* fue considerada como la *confessio invariata*. En esta forma entró el texto latino en el Libro de la Concordia de 1584 como *textus receptus*, y hasta principios del siglo XIX fue considerado como texto oficial por las iglesias.

En 1901 Pablo Tschackert publicó la primera edición crítica de la Confesión de Augsburgo, tanto de la redacción alemana como de la latina, no basándose en la *editio princeps* de 1531 ni en el *textus receptus* del Libro de la Concordia, sino en los manuscritos de propiedad de los firmantes (Paul Tschackert, Die unveränderte Augsburger Konfession deutsch und lateinisch nach den besten Handschriften aus dem Besitz der Unterzeichner, 1901). Tschackert opinaba que los manuscritos de posesión evangélica eran los más fidedignos. Johannes Ficker, en cambio, demostró en 1916 que los manuscritos de origen católico eran mejores. Cuando en la edición de los escritos confesionales de 1930 se le presentó a Heinrich Bornkamm el problema de la reconstrucción crítica del texto entregado en Augsburgo, el 25 de junio de 1530, éste se basó principalmente en los manuscritos de procedencia católica, fuente K de Karlsruhe, fuente R de Regensburg (Ratisbona), fuente S de Salzburgo y fuente W de Würzburgo, considerando además todos los demás manuscritos y publicaciones. De esta manera consiguió publicar en *Die Bekenntnisschriften*

der evangelisch-lutherischen Kirche 1930 un texto crítico que en adelante se consideraba texto oficial.

Esto cambió cuando se hallaron dos manuscritos que derivaban de copias hechos del original del archivo de Bruselas, una en el convento de San Bonifacio de Hünfeld (Sigla Hü) y otro en el archivo del Vaticano (Sigla V). Sabemos que Viglio von Zwichen permitía hacer copias del original guardado en el archivo. Guillermo Lindanus, obispo de Roermond, pudo hacerlo y usó las copias en su obra *Apologeticum ad Germanos* de 1568, y en *Concordia discors* de 1583. No tenemos las copias hechas del original de Bruselas, pero sí transcripciones de copias con certificación por notario público, como en el caso de Hü y V.

Basándose principalmente en los documentos recién encontrados como asimismo en las fuentes K.R.S. y W. y en otras fuentes fidedignas, Heinrich Bornkamm hizo una nueva reconstrucción del texto que se publicó en *Bekenntnisschriften der evangelisch-lutherischen Kirche* 1956. Este texto crítico constituye el texto oficial para todo estudio científico.

La traducción del texto latino de la Confesión de Augsburgo al castellano se funda en un texto superado, contenido en Concordia Triglotta, editado por F. Bente en 1921. La Concordia Triglotta quiere ser una reproducción del Libro de la Concordia y en consecuencia se basa en cuanto al texto latino de la Confesión de Augsburgo en la edición latina de Leipzig de 1584. Aunque el editor F. Bete conocía los estudios críticos de Tschackert y de Kolde no los tomó en cuenta para su edición. No tenía la intención de presentar a sus lectores un texto crítico sino simplemente la de reproducir el Libro de la Concordia, siguiendo el ejemplo de J. T. Mueller y de J. G. Walch. De la Concordia Triglotta se tradujo el texto latino al castellano y se publicó en un folleto editado en Saint Louis en 1942. En el mismo texto de la Concordia Triglotta y de la traducción castellana mencionada se basa la meritoria obra de E. J. Keller: La Confesión de Augsburgo, Porto Alegre, 1960.

En vista de estas circunstancias, la Facultad Luterana de Teología editará un fascículo bilingüe que contiene el texto latino de la edición de Heinrich Bornkamm de 1956 y la traducción castellana hecha por el autor de este artículo.

Bibliografía: Concordia Triglotta, St. Louis 1921 Bekenntnisschriften der evangelisch-lutherischen Kirche, Berlin-Charlottenburg, 1930. La Confesión de Augsburgo, St. Louis 1942. Bekenntnisschriften der evangelisch-lutherischen Kirche, Göttingen, 1956. La Confesión de Augsburgo, ed. E. J. Keller, Porto Alegre, 1960.

E. J. KELLER

El Propósito de la Salvación Divina

¿Qué es el propósito de Dios en cuanto a la salvación del hombre? ¿Qué propósito tiene Dios en vista para el hombre a quien salva?

Para iniciar este estudio, citaremos las siguientes palabras del Prof. Richardo Caemmerer: "El propósito de la redención obrada por Cristo y la salvación dada al hombre es éste: que el hombre ame, que tome responsabilidad por el prójimo, así como Dios tomó la responsabilidad por él" [1]). El Prof. Caemmerer invita al lector a leer Juan 13:16 y 1 Juan 3. En Juan 13:16 llemos: "De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió". El capítulo 3 de la primera epístola de Juan habla de los "hijos de Dios" y empieza con estas palabras: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios..." y termina el capítulo con estas palabras: "Y este es su mandamiento que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado".

En líneas generales, discernimos dos movimientos que aquí los colocamos en forma paralela:

Dios ..... ama ..... al pecador.
El cristiano ..... ama ..... al prójimo.

El primer suceso (Dios ama al pecador) queda revelado mediante las famosas palabras del evangelista San Juan: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" [2]). El segundo suceso (el cristiano ama al prójimo) queda revelado mediante las palabras del mismo evangelista, quien exhorta: "Y éste es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que amemos unos a otros como nos lo ha mandado" [3]).

I

Nuestra atención se dirige ahora a este segundo fenómeno, pues en él se halla la contestación a las preguntas que formulamos referente al tema: El propósito de la salvación divina.

En primer lugar queremos considerar más a fondo la naturaleza del *Hijo de Dios,* llamado también el *creyente,* o el *cristiano.*

Al usar el término: *Hijo de Dios,* ponemos énfasis en la regeneración. El Hijo de Dios es una persona, un ser humano, que ha sido engendrado de nuevo, que nació por segunda vez [4]). La obra de regenerar la atribuimos a Dios, y habiéndose realizado esta obra [5]) resulta como producto o prole el Hijo de Dios.

Al usar el término: *creyente,* ponemos énfasis en la fe, o sea, en el fenómeno de creer. El creyente es una persona, un ser humano, que ha sido dotado por Dios con la facultad de creer lo que Dios le comunica mediante el Evangelio [6]). Según esta manera de hablar, atribuimos a Dios la dotación al hombre de la fe. Partimos de la premisa que afirma que el hombre de por sí no tiene la facultad de creer las cosas espirituales, o sea, lo que enseña y comunica el Espíritu Santo [7]). Pero, una vez dotado por Dios con la facultad de creer, el hombre puede recibir lo que Dios quiere darle. Ejercitándose esta facultad de recibir las cosas espirituales de tal manera que haya recepción que a su vez influya en el pensar, el decir y el hacer, el ser humano se llama creyente.

Al usar el término: *cristiano,* ponemos énfasis en el discipulado, o sea, en el fenómeno de actuar para con otros como Cristo actuó para con nosotros. Usamos y escuchamos a menudo el refrán: Seguir en los pasos de Jesús, o seguir el ejemplo del Señor. Estos refranes pueden referir a la vida ejemplar que llevó Jesús en cuanto a la moralidad civil, a pesar de que fue acusado de pervertir a la nación [8]), en cuanto a la moralidad religiosa, a pesar de que fue acusado de conducir a sus discípulos a quebrantar la tradición de los ancianos [9]), en cuanto a la moralidad social, a pesar de que fue llamado comilón y bebedor de vino [10]), en cuanto a la moralidad profesional, a pesar de que se puso en tela de juicio su autoridad [11]), pero ahora nos referimos a su obra de redención en el sentido de que el cristiano es discípulo que se ocupa del mismo trabajo del que se ocupó el Señor, el Redentor.

Aun según esta manera de expresarlo, puede haber desvíos. Sabemos que Jesús curó a muchos enfermos y que esta actividad pertenecía a su

obra. De ahí que se podría deducir: "El hacer lo que Jesús hizo" significa curar a los enfermos, y el cristiano podría preguntarse, si el médico en el hospital no daría mejor ejemplo del cristianismo que el chofer de camioneta, trabajo del que Jesús no se ocupó.

Debemos tratar de puntualizar más la esencia del trabajo de Jesús. Su mismo nombre, como fue revelado, le correspondió "porque él salvará a su pueblo de sus pecados" [12]). Si lo llamamos *Salvador* podemos pensar en él rescatándonos del dominio del diablo, del mundo y de nuestra propia carne pecaminosa (el viejo Adán). Si lo llamamos *Redentor,* podemos pensar en la redención que nos logró mediante su sacrificio en la cruz, de donde también proclamó perdón. Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo. Esto es lo que constituye la esencia del trabajo de Jesús, y el ocuparnos de esta obra, como discípulos suyo, significa difundir esta palabra de la reconciliación.

El Hijo de Dios, el creyente, el cristiano, es persona humana a quien el amoroso Dios ha tomado y librado dc la esclavitud del reino de iniquidad y lo ha colocado y capacitado a vivir y trabajar en la libertad del reino de los cielos [13]).

II

Repetimos las palabras del Prof. Caemmerer, ya citadas: "El propósito de la redención obrada por Cristo y la salvación dada al hombre en éste: que el hombre ame, que tome responsabilidad por el prójimo, así como Dios tomó la responsabilidad por él".

La palabra que recibe nuestra atención ahora es la voz *amar.* Se puede hablar del amor en base del concepto de "atracción física", expresado por la palabra *eros.* También se habla del amor en base del concepto de "amistad", expresado por la palabra griega *philia.* Otra vez, se habla del amor en base del concepto de "sacrificarse por otro", expresado por la palabra griega *agape* [14]). Este último es el amor de que se trata aquí. El verbo griego es *agapán,* y "como cualquier estudiante del Nuevo Testamento sabe", dice Herberto T. Mayer, "esta palabra describe el amor puro que puede ser despertado [15]) solamente al responder ante el amor puro que Cristo tuvo por la humanidad perdida" [16]).

Ayudar al borracho a que salga de la esclavitud de su vicio, puede ser actividad amorosa de persona altruista, pero hacer eso para tenerlo

al borracho como hermano en la fe e hijo de la misma familia de Dios, esto sería el amor cristiano manifestándose.

Proveer atención médica para los obreros enfermos puede ser actividad amorosa del administrador concienzudo y bueno de una fábrica, pero el hacerlo sin calcular en otra recompensa, aparte de la de enseñar al enfermo que el vencer la enfermedad y el recobrar la salud tienen como propósito el de capacitar al paciente para que haga lo que corresponde al discípulo de Cristo, esto sería el amor cristiano manifestándose.

Que la humanidad está perdida en su pecado y que ella puede culpar solamente a sí misma, es verdad que puede proclamar el moralista más perfecto, pero el aceptar la responsabilidad de participar con sus propios medios y haberes en la salvación de esa humanidad, sin imponerle una previa condición disciplinaria, sería cosa que puede realizar solamente quien ame de manerar cristiana.

El amor de que hablamos aquí *(agape)*, tiene como fondo una buena disposición para con otras personas, y dentro de este ambiente, hace que el hombre emplee sus recursos en beneficio de otros, a fin de que "el otro" se libre del pecado y colabore en la obra del reino de Dios.

El amor es una fuerza o un móvil que rige y gobierna las actividades del creyente. Nace de la buena disposición que Dios demuestra al hombre, o sea, de la gracia que Dios conceda al pecador. Hace que el hombre dedica a su propia vida, en unión con los recursos que le están disponibles, a realizar cierta tarea [17]). Esta tarea es la de salvar a otra persona, o sea, la de tomar la responsabilidad de participar en la salvación del mundo.

Esta combinación de motivo, de actividad y de propósito (finalidad), debemos conservar para comprender el fenómeno del amor cristiano. Si el amor no nace de la gracia de Dios, no es amor cristiano. Si el amor no se ocupa de hacer las obras del reino, está muerto. Si el amor no se dirige a otra persona, es cosa vana.

III

Ya hemos prestado atención al sujeto y al verbo de la oración: El cristiano ama, y ahora debemos prestar atención al complemento, "al prójimo". El verbo amar es verbo transitivo, es decir, la acción del verbo pasa a tocar e influir en el complemento. En el asunto que aquí tratamos, ese complemento del amar del cristiano, tiene que ser, necesaria-

mente, una persona. La obra de la salvación que Dios efectuó tiene a la humanidad por objeto. Si el beneficio de esa obra no llega a influir en el hombre para salvarlo, esa obra para él sería cosa hecha en vano.

Para alcanzar al hombre e influir en él, Dios envió a su Hijo, Jesucristo, nacido de la virgen María. En la persona de Jesús hallamos la naturaleza divina y la naturaleza humana, unidas. En Jesús hallamos la redención.

Jesús, como San Juan lo expresó, es el Verbo, presente para los del Antiguo Testamento no en forma visible de persona humana, sino en la forma de la palabra profética. Presente también para los del Nuevo Testamento (después de la ascensión) no en forma visible de persona humana, sino en la forma de la palabra apostólica.

Nosotros vivimos en "los últimos tiempos" y hallamos la redención en esta palabra apostólica, denominada con mucha frecuencia "el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo". Allá está la redención y de ella es menester participar. La participación se realiza mediante la fe.

Observamos que la acción del verbo *amar* tiene al hombre por objeto. Cuando Dios envió a su Hijo, o cuando Dios envió a su palabra profética, o su palabra apostólica, todos estos llegaron para influir en las personas humanas. En el ser humano, la recepción "de Jesús" o "de la Palabra" es por medio de la fe, obrada por el Espíritu de Dios. He aquí como San Pablo se expresa al escribir a los efesios:

> "Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca, porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" [18]).

Creyendo en Dios, creyendo en Jesús, creyendo en la Biblia, todas estas expresiones han de significar que el hombre toma lo que Dios da y con esto, con lo recibido de Dios, el hombre se orienta de manera nueva y participa en el reino de los cielos. "Vino Juan el Bautista pre-

dicando... Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado..." [19]). "Desde entonces comenzó Jesús a predicar... Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado..." [20]).

El propósito de Dios en cuanto a la salvación del hombre es éste: que el hombre entre en el reino de los cielos. ¿Qué propósito tiene Dios en vista para el hombre a quien salva? Tiene en vista que esta persona salva participe en la salvación de otra persona todavía no salvada.

Dice el Prof. R. Caemmerer: "Básicamente, el Reino de Dios es Dios trabajando en el hombre. El reino se extiende a personas mediante el Espíritu Santo quien actúa en los medios de gracia" [21]).

El reino de Dios hemos descrito en la introducción a este estudio, al decir: Dios ama al pecador. El texto de Juan 3:16 describe en pocas palabras el reino de Dios: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Entrar en el reino de Dios significa para el ser humano, que, convertido en Hijo de Dios, él ame al prójimo, que tome responsabilidad por el prójimo, así como Dios tomó la responsabilidad por él.

Cuando Jesús predicó el sermón de la montaña, dijo: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" [22]). Jesús estaba preparando a los discípulos suyos para la tarea de hacer discípulos a todas las naciones. Con el correr del tiempo estos discípulos iban a tener ayudantes y sucesores. Desde aquellos días hasta el día de hoy, salieron y salen los predicadores con su mensaje. Pero no todos esos que invocaron y que todavía invocan al Señor, entraron (visto desde hoy en día para atrás) o entrarán (visto desde el día de la predicación de Jesús hacia adelante), en el reino de los cielos: es decir, no todos participaron o participan en la tarea de salvar al pecador.

En el día postrero muchos dirán (a Jesús): "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" [23]). La defensa que presentarán en aquel día se basará en las actividades que ellos hicieron aquí en la tierra entre los hombres: ¿No hemos participado en tu reino [24]) al profetizar en tu nombre, al echar demonios y al hacer milagros en tu nombre? Entonces Jesús les declara: "Nunca os conocí". En los días cuando estos estaban tan ocupados en el trabajo del reino, según el parecer de

ellos [25]) Jesús nos los conoció. Su profetizar, su echar demonios y su hacer milagros estaban todos fuera del margen del reino de Dios. "Apartaos de mí, hacedores de maldad", dirá el Señor.

El objeto de la oración: "El cristianismo ama al prójimo, cobra mucha importancia. El objeto tiene que ser una persona humana [26]). Cuando se sustituye al ser humano, como objeto, por los mandamientos de Dios o por las actividades de la organización eclesiástica, el cristianismo se convierte en moralismo o activismo.

Que haya moralidad y activismo en el ejercicio del cristianismo es cosa que corresponde, pero ambos a dos han de relacionarse con el verbo amar como adverbio que describe la acción y no como complemento que indica el fin.

Con el propósito de aclarar este concepto, digamos que se contestaría la pregunta ¿Por qué nos salva Dios? de esta manera: "Para obedecer sus mandamientos" o "para hacer su voluntad". Se puede expresar, de esta manera, la finalidad de la salvación, y cuando se lo hace así, es posible comunicar la idea de que Dios nos salva para que nos destaquemos en la moralidad, o sea, para que la moralidad nuestra fuese superior a la moralidad del hombre incrédulo. Para apoyar esa interpretación se puede citar las palabras de Jesús en el Sermón de la Montaña: "Porque os digo que si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" [27]).

Si preguntamos luego, a base de esto, ¿qué intervención tendría el prójimo en nuestro ejercicio del cristianismo, se nos podría contestar: "A fin de que tengamos materia con qué ejercer la moralidad". Por ejemplo, si la finalidad sería el cumplimiento del mandamiento "No matarás", sería necesario tener contacto con otra persona, la materia necesaria para poder ejercer el cumplimiento positivo de este mandamiento, pues si no habría otra persona alguna presente, no tendríamos a quien ayudar y proteger. Por otro lado, para no incurrir en transgresión de la parte negativa del mandamiento, nos convendría, en sentido absoluto, retirarnos de la sociedad y entrar en un monasterio, o mejor aún, ser ermitaño. Sería necesario para poder ejercer el cumplimiento del mandamiento, que haya otra persona presente, pues el mandamiento tiene que habérselas con la relación entre personas. Según este sistema, entonces, el prójimo se convierte en *medio* y la ley se convierte en *fin*. Donde rige esta relación, allí tenemos sistema de moralidad de que hablamos en esta

conferencia y relacionado con esa moralidad, tendríamos la práctica de las virtudes y el perfeccionismo como objetos que deberíamos alcanzar.

Otra es la situación donde el prójimo es el *fin* y la ley es el *medio.* Según esta relación, el propósito de Dios en cuanto a nuestra salvación sería el de que nosotros alcancemos a otra persona para salvarla. En nuestro trato para con otros, observamos la buena moral, o sea, el buen proceder. La ley nos sirve de medio, pues nos instruye cómo comportarnos para con el prójimo. Pero lo importante es la persona a quién queremos alcanzar, a quien queremos salvar.

Dice San Pablo: "Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley, a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles, a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos" [29]).

San Pablo usó la ley, o sea, la moral, tal cual usa la disciplina quien corre en el estadio para ganar el premio. La finalidad es el premio y la disciplina es medio que el atleta emplea para ayudar a alcanzar la meta.

En conclusión, merece acordarnos de las palabras: *Solo Dei Gloria,* y merece entender "todo para la gloria de Dios" como San Pablo lo expuso en 1 Cor. 10: 21—11:1:

> "Si pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios. No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios, como también yo en todas las cosas agrado a todos, no procurando mi propio beneficio, sino el de muchos, para que sean salvos. Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo".

"Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en muerte". 1 Juan 3:14.

Prof. E. J. Keller
Codirector de estudios teológicos de la
Iglesia Luterana, Distrito Misional del Caribe.

ALFREDO MUNK JENSEN

La vida de la Iglesia de Dinamarca vista por un heredero argentino-danés

La redacción de la revista EKKLESIA solicitó al que escribe que abordara el tema: "La vida de la Iglesia en Dinamarca vista por un argentino". He preferido trocar este tema por el que encabeza estas líneas. Pues no es sólo un becado o turista argentino el que emite su juicio acerca de la Iglesia de Dinamarca, sino un heredero, un pastor surgido del seno de la Iglesia Danesa en la Argentina el que visitó la iglesia de sus padres.

En consecuencia, mi visita no fue la de un turista ni tampoco la de un extranjero total, sino que retorné a lo que ya conocía de una visita anterior. Poseía, asimismo, un dominio casi perfecto de la lengua, de las costumbres y de las tradiciones escandinavas. Volví, además, ordenado por esa iglesia y enviado para servir a la Iglesia Dinamarquesa en el Exterior.

Difícil es hacer un balance después de dos años y medio de estudios y trabajo personal en esa iglesia. Miles de impresiones han quedado impresas en mi mente de aquel mundo lejano, tan diferente del nuestro aquí. Por esto me limito a algunas breves impresiones tratando de caracterizar a esa iglesia.

La Iglesia de Dinamarca se llama "Den danske folkekirke" (Iglesia Danesa del pueblo). Es difícil definirla. Aun sus vecinos más inmediatos —los suecos— con su estructura eclesiástica análoga, no llegan a entender la forma estructural que tiene la Iglesia de Dinamarca. Mucho se ofenden los daneses cuando se les dice que su Iglesia es una Iglesia del estado, porque ellos afirman que la suya es una "folkekirke", es decir, Iglesia del pueblo, o en otras palabras, una Iglesia de la mayoría.

El hecho de que sea una Iglesia del pueblo quiere decir que es el pueblo el que la gobierna en forma democrática, ya sea directamente o por medio de sus representantes. Es gobernada por los laicos desde el pequeño consejo de la Iglesia local hasta el parlamento de los laicos. El consejo es elegido entre los ciudadanos de la misma manera en que

se eligen los representantes del municipio, o sea según su color político y no según su convicción religiosa.

Cuando se produce una concordancia en el consejo, el mismo elige a su pastor; en caso de divergencias, el candidato es nombrado por el Ministerio de Culto, pero siempre escogiendo uno de los candidatos señalados por el consejo. Los consejeros de todo un obispado son los que eligen a su obispo por votación.

Por lo tanto, "folkyekirke" quiere decir "iglesia de los laicos", no de pastores u obispos.

El hecho más incomprensible consiste, sin embargo, en que la autoridad máxima de esta iglesia sea un parlamento sin confesión y un ministerio de culto carente de confesión. Pero, a pesar de esa carencia de confesión y a pesar de constituir el parlamento un cuerpo como en otro país cualquiera, éste tiene el derecho de imponer su legislación a la iglesia.

Sin embargo, el parlamento gubernamental no ejerce de modo alguno una dictadura sobre la iglesia. Porque, si bien el primero puede promulgar una ley, el pastor u obispo puede negarse a cumplirla alegando que no se lo permite su conciencia o concepto eclesiástico. Así, por ejemplo, el pastor puede negarse a casar divorciados, y el obispo puede rehusar ordenar pastor a una teóloga.

Como organización, la iglesia carece también de constitución y estatutos propios. Desde el punto de vista económico depende del estado, puesto que es subvencionada íntegramente con los fondos estatales por ser —según la Constitución Nacional— la iglesia de la mayoría del pueblo. Hoy le corresponde ese privilegio a la iglesia luterana, pero mañana podrá recaer sobre otra.

Dediqué poco estudio a ese aspecto confuso de la Iglesia de Dinamarca, ya que a pesar de su denominación de "folkelig" (popular), la existencia de un status quo oficial nos repele de entrada, y según mi modesta opinión, significa que desde el punto de vista eclesiástico y congregacional se trata de una iglesia muerta o al menos agonizante.

Lo grande y a mi modo de ver extraordinario y peculiar de la Iglesia de Dinamarca, consiste en que la iglesia oficial ha sabido cobijar bajo su techo muchas formas de iniciativa privada, muchas veces sin comprender ella misma su alcance.

Dos grandes movimientos de despertamiento, una "folkelig" (popular) y otra religiosa, actúan bajo la protección de la iglesia. Trátase de dos movimientos que en su época de florecimiento (mediados y fines de siglo pasado) estuvieron a punto de romper con la iglesia oficial para formar iglesias libres. Por fortuna, estos elementos quedaron dentro de la misma iglesia oficial.

En su gran mayoría son movimientos de laicos, alcanzados por los grandes despertamientos de Grundtvig y V. Beck; el primero poniendo énfasis en lo popular-humano-danés, y el segundo exaltando la fe evangélica luterana. Pero, mientras el movimiento de Grundtvig enfatiza no sólo la fe religiosa, sino también la conciencia nacional, el de V. Beck despierta la fe y a la vez la conciencia misionera. Los señalamos como dos formas de pietismo luterano bien distintas entre ellas.

Los laicos pertenecientes a estos movimientos tomaron la iniciativa en cuanto a todo aquello que la iglesia organizada había dejado en el olvido. Se puede afirmar que la iglesia se encarga del culto dominical y de los servicios religiosos indispensables (bautismo, confirmación, casamiento, sepultura) pero nada más.

Los laicos, en cambio, se hacen responsables por los niños y adolescentes; los pobres y desamparados, los daneses residentes en el exterior, y por la obra misionera en otros continentes. Ellos son los que tienen en sus manos —muchas veces sin la colaboración comprensiva de los pastores— la escuela dominical, las ligas de jóvenes, las sociedades femeninas, los estudios bíblicos, etc.

Otro gran fruto de esta iniciativa son las misiones a los gentiles, a los marineros y a los emigrantes.

Además, esas organizaciones semi-eclesiásticas han desarrolado una obra social de extraordinaria magnitud. Puede afirmarse que los laicos fueron los primeros que sintieron la necesidad de aliviar el mal del prójimo. Han creado centenares de instituciones filantrópicas. La obra social desarrollada por los laicos de la iglesia allanó el camino para el estado supersocializado que existe hoy.

En la actualidad, el gobierno se ha hecho cargo de gran parte de esta obra; pero fueron los laicos de la iglesia los primeros en señalar y remediar los males sociales. Grandes obras sociales, diaconatos, infinidad de escuelas populares, etc., son los frutos de la iniciativa privada.

Podemos señalar como una característica peculiar de la iglesia danesa del último siglo que los laicos, al experimentar la necesidad de la creación de instituciones de beneficio general dentro de su iglesia (escuela dominical, obra social, construcción de nuevas iglesias) no hayan pedido ayuda al estado, a la iglesia o a los pastores, sino que ellos mismos hayan suplido con sus propios recursos las deficiencias que advertían.

Existen pastores que no simpatizaron con esa fructífera iniciativa privada y trataron de cerrarle el camino; pero esos movimientos han creado sus propios locales y sus propias escuelas para sus actividades eclesiásticas.

Es admirable que a pesar de la oposición oficial en el comienzo de estos movimientos, sus portadores hayan permanecido fieles a la iglesia, y que como base de su obra educacional, social y misionera hayan impuesto la confesión de la iglesia oficial, o sea la luterana.

También es admirable que ninguno de estos movimientos haya quebrantado la unidad y fureza de la iglesia, sino que por lo contrario hayan sabido infundir vida e impulso a la iglesia, no obstante el hecho de que en un principio se hayan quedado un poco al margen. Y nos atrevemos a afirmar que poco quedaría de la iglesia si se amputasen tales movimientos. También señalamos que ninguno de los grandes movimientos de laicos dentro de la iglesia fue considerado como una herejía ni excluido de la iglesia. Es por esto que la denominación de "folkekirke" (iglesia del pueblo) la identifica a la perfección, ya que la iglesia es de los laicos y no de los pastores u obispos.

En nuestros días, la joven generación de pastores comienza a tener conciencia del valor de estos movimientos. En los últimos años se escribieron cinco tesis doctorales sobre la investigación histórica de los movimientos de despertamiento del siglo pasado.

Creemos que no se puede negar el pasado histórico de una iglesia. Por esta razón estamos convencidos de que están destinados al fracaso todos aquellos movimientos teológicos que dentro de la iglesia danesa tratan de copiar a Roma u otros grandes hermanos. Fracasarán por no estar arraigados en la historia de Dinamarca.

En cambio, todos los movimientos, tanto los autóctonos como los importados, tendrán que demostrar su fuerza frente a una sociedad que se caracteriza por sus grandes transformaciones sociales. Puede decirse

que la iglesia vive en medio de una sociedad totalmente socializada. Gran parte de la obra comenzada por los laicos ha pasado ya al estado.

Todas las instituciones aún manejadas por la iglesia son subvencionadas casi íntegramente por el estado. Es posible que esa generosidad estatal acabe por completo con la iniciativa privada, ahogando poco a poco la vida de la iglesia.

Por esto se consideraba el problema más grande de la iglesia de Dinamarca el hecho mismo de que en la época actual ésta no tenga problema serio alguno. Todo el camino está prácticamente allanado; el estado lo soluciona todo; no queda lugar para la iniciativa de los laicos, al menos no en la forma tradicional.

Pero, hasta en esta nueva situación todos tratan de hallar nuevos caminos. Cada cual, ya sea pastor o laico, trabaja con su mejor empeño por la iglesia. Pero cada cual lo hace conforme a su propio concepto de la iglesia. Algunos simplificando el culto, otros tratando de imprimirle mayor solemnidad. Algunos con cursos breves o retiros espirituales; otros tratando de crear conventos evangélicos, ya sea como refugios espirituales temporarios o como conventos permanentes a la manera católica. Todo se intenta; todos trabajan en los distintos movimientos de la iglesia y dentro de la iglesia misma.

Sin embargo, median enormes distancias entre cada uno de esos intentos, o escuelas teológicas (sin fundamento teórico), desde la izquierda a la derecha. Distancias más grandes que entre muchas iglesias liblres en otros países. Pero todo permanece bajo el mismo techo de la iglesia oficial, aunque libremente. Tal vez por eso ninguna iglesia libre haya obtenido mayores éxitos en Dinamarca, puesto que existen todos los matices eclesiásticos dentro de la misma iglesia oficial.

Cabe señalar otras de las características de la iglesia de Dinamarca, a saber, la innata tolerancia de los escandinavos. Allí no se levantan hogueras para quemar al opositor, sino que hay comprensión para todo intento sincero.

Difícil resulta presentar un cuadro conciso de la iglesia de Dinamarca para que ésta sea comprendida aquí, donde la iglesia se desarrolla en un ambiente tan distinto.

Pero creo haber señalado los dos aspectos de esa iglesia, el oficial y el privado, que juntos forman la iglesia de Dinamarca. Uno no puede

existir sin el otro. Ambas partes conviven en una armonía inexplicable. El día en que una de ellas se independice o deje de existir, la iglesia quedará totalmente transformada.

Nosotros, desde aquí, no podemos ni pretendemos copiar esta forma —quizás poco luterana— de interpretar la iglesia.

Lo que sí nos enseña la iglesia de Dinamarca es la manera de buscar una forma de iglesia de acuerdo con nuestro propio desenvolvimiento, con nuestra propia historia política, social y económica.

Una forma determinada de iglesia no se copia, sino que surge espontáneamente de aquellos que sienten el despertamiento del evangelio de Cristo.

Observando a la iglesia de Dinamarca concluimos que su elemento esencial es el pueblo, el "folk", o sea los laicos y no los clérigos. Y debemos colocar a los laicos en primera fila porque ellos constituyen el componente principal de la iglesia.

NOTAS

1) Caemmerer, Prof. Richard, "The Universal Priesthood and the Pastor", *Concordia Theological Monthly,* St. Louis, Mc., Tomo XIX (1948), p. 563.

2) San Juan 3:16. Cf. Rom. 8:32: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó para todos nosotros".

3) 1 Juan 3:23. Cf. Juan 15:12: "Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado".

4) Se puede hacer juego entre "de nuevo" y "de arriba", dos maneras de traducir la palabra griega que aparece en la conversación que Jesús tuvo con Nicodemo; Juan 3.

5) En Juan 3:3 leemos: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo ,no puede ver el reino de Dios". Hay quienes han puesto en tela de juicio que Cristo realmente tenía en mente el bautismo cuando pronunció estas palabras. Pero nuestro Salvador aquí usa una expresión que era un dicho común en aquel entonces y que todos los judíos entendían como referencia al bautismo. Los judíos llamaron el bautismo de un gentil, su nacimiento nuevo, su regeneración, su nacer de nuevo. En la *Gemara* leemos: "Si alguien se convierte en prosélito, es como niño recién nacido". Y Maimonides dice: "El gentil que se hace prosélito y el esclavo que ha sido libertado, he aquí que es como niño recién nacido". En la mente judía la idea de un nacimiento nuevo se asociaba con el bautismo. Cristo usa ese término y, en el 5º vs., agrega las palabras: "... del agua y del Espíritu", y así indica claramente que hablaba del bautismo. Por supuesto el nuevo nacimiento que Cristo tenía en mente y el nuevo nacimiento del bautismo judíos de ninguna manera eran la misma cosa, pero las palabras "nacer de nuevo de agua y del Espíritu" no podían ser entendidas por Nicodemo de otra manera sino como referencia al bautismo. — E. W. A. Koehler, "Infant Baptism", *Concordia Theological Monthly,* St. Louis, Mo., Tomo X (1939), p. 484.

6) El hombre no necesita esta fe para aceptar o creer en la Ley y en la Historia Sagrada.

7) 1 Cor. 2:14: "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente".

8) San Lucas 23:2.

9) San Mateo 15:2.

10) San Mateo 11:19.

11) San Lucas 20:2.

12) San Mateo 1:21.

13) "En la segunda parte de su tratado, "La Libertad Cristiana", Lutero enseña que el cristiano ha sido librado de la Ley para que pueda luego dedicar todo su esfuerzo a servir a su prójimo". — F. E. Mayer, "Distinction between Law and Gospel", *Concordia Theological Monthly,* St. Louis, Mo., Tomo XXV (1954), p. 187—88.

14) Cf. *Sex and the Church,* Oscar Feucht, editor, Concordia Publishing House, St. Louis, Mo., 1961, p. 163.

15) En inglés: evoked.

16) Mayer, Herbert T., "Sermonic Helps for the Walther Sesquicentenial", Concordia Publishing House, St. Louis, Mo., 1961.

17) 1 Juan 3:16. 17: "En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros, también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes en este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, "¿cómo mora el amor de Dios en él?".

18) Efesios 2:17—22.

19) San Mateo 3:1. 2.

20) San Mateo 3:17.

21) Caemmerer, R., "The Universal Priesthood and the Pastor", *Concordia Theological Monthly,* St. Louis, Mo., Tomo XIX (1948), p. 572.

22) San Mateo 7:21.

23) San Mateo 7:22.

24) Se puede decir también: "¿No hemos entrado en tu reino...?

25) Parecer manifestado en su protesta.

26) También decimos que el cristiano ama a Dios y aquí el objeto de la oración es el Ser Divino. Pero, entonces, no pensamos en salvar a Dios, sino en servirle, como Jesús dice: "De cierto os digo que en cuanto lo hiciste a uno de éstos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis". Aún así, el objeto inmediato sería una persona humana. "En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos nosotros amarnos unos a otros". 1 Juan 4:10. 11.

27) San Mateo 5:20.

28) Rom. 13:8—10: "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor".

29) 1 Cor. 9:19. 20.

Forum

¿Es la Iglesia responsable por la educación?

Diariamente, en el abierto debate estudiantil, se me dice: "la Iglesia tiene como función primordial predicar el Evangelio, trasmitir la Palabra de Dios". Además, aunque no exista una base sólida para pensar así, se insinúa la posibilidad de que la Iglesia deje la educación como responsabilidad del estado únicamente y no tome ingerencia en este asunto.

No es esa posición algo nuevo dentro de ciertos grupos evangélicos y aun dentro de nuestra Iglesia Luterana. Hace ya una década, el pastor Jonás Villaverde, en una ponencia titulada "Cómo hacer una obra evangelizadora práctica en la docencia", decía: "Es cierto, y ello nos entristece, que no todos los luteranos simpatizan con la obra escolar de nuestra Iglesia...".

Ante esos planteos, la primera reacción es de preguntar y preguntarnos: ¿Es que puede separarse totalmente la predicación, la transmisión de la Palabra, del proceso educativo? ¿No hay acaso algo de educativo en todo ello?

Interprétese bien esto: No estamos hablando de la predicación del evangelio como el cumplimiento de un plan meramente educativo. Valgan las palabras de G. Baez-Camargo: "El conocimiento del mensaje bíblico no es ni puede ser jamás un fin en sí. Dios no habla para halagar nuestro oído ni satisfacer nuestra curiosidad intelectual..." (Predicador Evangélico, Tomo XIII, Nº 52, pág. 291).

Aun con esas salvedades nos queda el íntimo convecimiento de que predicación y educación no son mutuamente excluyentes, sino más bien complementarias.

Ahora bien, en un segundo aspecto de la cuestión me permito traer en apoyo de la obra educativa de la Iglesia palabras del profesor presbiteriano Richard Schaull: "Si educar significa simplemente henchir la cabeza del alumno con hechos y conocimientos de matemáticas y gramática, historia y literatura, ser profesor es cosa fácil... educar, en el mundo de hoy, significa ayudar al joven a encontrar el camino de un nuevo tipo de vida, una vida que tendrá valor y

sentido y que será dedicada al servicio del prójimo" (Predicador Evangélico, Tomo XI, Nº 43, pág. 238—239).

¿Es que nuestro cristianismo puede desenvolverse en un plano simplemente teórico, en un vivir espiritual y místico, totalmente aislado del resto del mundo e ignorante de los problemas y necesidades educativas y por ende sociales?

Aun en ese muy hipotético supuesto, no puede negarse que el descartar la posibilidad de que Dios llegue a obrar en el corazón del hombre a través o por medio de una obra educativa, es limitarle arbitrariamente. Muchos son los casos de gente que hemos llegado a las filas de la Iglesia por la predicación indirecta de un instituto educativo.

Finalmente quisiera destacar el hecho de que la participación de la Iglesia en la labor educativa dio sus importantes frutos ya desde la época de Lutero.

Hoy en día, ningún escritor o investigador serio deja de reconocer, en efecto, la importancia fundamental que Martín Lutero tuvo en su momento respecto de la educación. No olvidemos, por ejemplo, que aunque concretadas más tarde, fueron ideas de él la creación de escuelas populares, la educación obligatoria, la necesidad de escuelas para niñas, etc.

Contra toda la práctica del clero de la época en que le tocó vivir, Lutero quería un pueblo instruido. "Al diablo le gustan más los grandes alcornoques y gente inútil..." (Vox Evangelii, Tomo I, pág. 38).

"Si tienes un hijo que sirve para el estudio y puedes mandarlo a estudiar, pero no lo haces... entonces, en cuanto a ti depende, procedes contra la autoridad seglar como un turco y aun como el mismo diablo". (Vox Evangelii ibid., pág. 68).

Haciéndonos eco de las palabras del Profesor Schaull podríamos decir: ¿Es que la responsabilidad a la que se refiere Lutero es meramente aquella de buscar para nuestro pueblo quién le imparta un conocimiento enciclopédico de variados tópicos sin llenar por eso el vacío de una vida apartada de Dios? ¿Puede el Estado a través de su enseñanza llenar ese vacío y acercarnos a Dios?

Por eso insistimos una y otra vez en que la Iglesia tiene trabajo urgente en el campo educacional.

Una última referencia a Lutero. Hablando a los gobernantes locales de su tiempo decía: "Amados señores: anualmente hay que gastar tanto en cañones, caminos, puentes, terraplenes e innumerables cosas de la misma índole para que una ciudad tenga temporalmente tranquilidad y bienestar. ¿Por qué no ha de emplearse al fin, también tanto en beneficio de la pobre e indigente juventud manteniendo a un hombre o dos como maestros de escuela?". (Vox Evangelii, ibid., pág. 24).

Estas palabras del reformador, que como vemos no han perdido actualidad, al menos en nuestro medio, bien pudieran atribuirse a cualquier hombre de nuestra época con verdadera vocación educativa. De inmediato pensamos en ellas como una llamada de atención para los gobiernos de nuestros días. Sin embargo, siendo objetivos en nuestra apreciación, vemos que también llama a la realidad a la Iglesia de hoy. Si la Iglesia sostiene una organización hipertrofiada y estimula con razón todo tipo de sociedades anexas (juventud, coros, obras estudiatiles, campamentos, damas, etc.), ¿cómo es posible que pueda todavía ponerse en duda el mantenimiento a *cualquier costo* de la obra educativa?

Cada colegio, cada instituto de nuestra Iglesia, debe encerrar aunque parezca paradógico, un fin en sí mismo y al mismo tiempo, ser un medio para concretar otro fin. Podemos expresarlo de la siguiente manera: Es un fin en sí mismo porque su finalidad primordial es educar, educar en la forma que fue ya expresado. Educar sin ninguna excepción y sin aditamentos. Educar a todos los que se alleguen a él, sin distinción de razas, credos o nacionalidades. De no ser así estaríamos falseando nuestros principios y engañando al pueblo que nos brinda su confianza y a nuestro Dios.

Sin embargo, esos colegios e institutos son también un medio. Un medio para que se nos conozca, para hacer saber a los demás quiénes somos, cómo sentimos y qué creemos. No es el medio para realizar un burdo proselitismo, sino más bien la cristalización de un deseo: darnos en servicio sincero y leal a nuestro prójimo.

Raúl E. Denuncio

BIBLIOGRAFIA

MARTIN LUTERO: *Páginas Escogidas. Selección por Carlos Witthaus, Introducción por Rodolfo Obermüller*, 210 páginas. Editorial Aurora, Buenos Aires, 1961.

"América Latina sabe algo de Colón pero muy poco todavía de Lutero, su contemporáneo. Es por esto que apareció este tomo, para dar al mundo la oportunidad de conocer a Lutero directamente en vez de conocerlo tan sólo a través de comentarios o controversias...", escribe el profesor Dr. Rodolfo Obermüller en el "Prólogo" bien resumido y fundamentado de la obra que aquí presentamos. Es cierto que son pocas las posibilidades que se le brindan al hombre pensante de nuestro continente para formarse un juicio propio acerca de la personalidad y el espíritu de aquel Lutero quien, sin proponérselo, llegara más tarde a prestar su nombre para la formación de un "ismo" más, el luteranismo, interpretado durante tanto tiempo como simple equivalencia de una "herejía" cualquiera.

Es cierto también que el mundo evangélico latinoamericano, el cual en su mayoría sostiene ser "hijo" de épocas evangélicas "post-luteranas", puede caer fácilmente en el hábito de considerar que tanto la persona como el mensaje y los pensamientos de Lutero son patrimonio exclusivo de aquella fase histórica ya "muerta" que sin esfuerzo puede ser descartada e ignorada por los evangélicos que se colocan a sí mismos fuera y lejos de la historia.

Por esta razón puede parecernos sorprendente la afirmación que el profesor Carlos Witthaus hace en su Prefacio: "... hemos elegido obras que se pueden relacionar con los problemas actuales de nuestra época". También el autor del Prólogo asume esta misma actitud certera, confirmada a través de las páginas de esta edición.

Hasta el momento no ha tomado forma, en los círculos netamente luteranos, el anhelo de hacer conocer a Lutero directamente por medio de sus escritos originales, y presentar algo más que sus pensamientos al lector sudamericano. Los esfuerzos realizados a este respecto son muy recientes, como demuestran p. ej. las páginas del anuario de la Facultad Luterana de Teología (Vox Evangelii). Precursor de la obra orientada en tal sentido, fue el Dr. Foster B. Stockwell, a cuya iniciativa se debe la serie "Obras Clásicas de la Reforma", editada por Aurora.

Luego de la presentación del Catecismo Mayor, el Padre Nuestro, los Artículos de Esmalcalda y la Libertad Cristiana dentro de la serie mencionada, hemos alcanzado el período de las bibliografas, dentro de las cuales la presentada por el Dr. Roland Bainton (Ed. Sudamericana) es sin duda alguna la más importante aparecida hasta la fecha.

Con la edición de "Páginas escogidas" se inicia ahora un nuevo período en el proceso de difusión del conocimiento de la personalidad y el pensamiento de Lutero en nuestro continente. Es por esta causa que la obra aquí presentada lleva un carácter transitorio; es decir, representa una etapa que separa las publicaciones de índole popular de las publicaciones netamente científicas. En cierto sentido, el tomo presentado es un preludio de la edición científica de textos de Lutero, de la cual dos tomos están listos para la imprenta (se han previsto de 6 a 8 tomos en total).

La selección de los escritos se debe al profesor *Carlos Witthaus*, quien ha llegado a ser no sólo un traductor cuyo trabajo garantiza autenticidad y fidelidad científica absoluta, sino también un luterólogo de renombre internacional. En su persona continúa la obra traduc-

tora tan valiosa del *Dr. Manuel Gutiérrez Marín*, quien puede considerarse propulsor principal de esta actividad. Cuenta el tomo con una traducción del *Dr. Alberto Soggin*, muestra fehaciente de su capacidad, que podría conducirlo a convertirse en un colaborador importante de este tipo de publicaciones. También incluye una contribución del Pastor *Adam F. Sosa* en la parte poética.

El Profesor Witthaus no solamente nos presenta la casi totalidad de las nuevas traducciones, sino que agrega notas conducentes a un mejor entendimiento de la obra. Consideramos de especial valor las breves y muy concisas observaciones que colocan al lector dentro del contexto histórico. La selección en general es muy buena y revela el criterio seguro de un conocedor, no sólo de los escritos, sino también de la personalidad de Lutero.

Como ya hemos mencionado, la introducción es obra del *Dr. Rodolfo Obermüller*, quien ya ha demostrado con varios artículos presentados en las revistas evangélicas más importantes su amplia orientación en la historia y el pensamiento de la Reforma. Gracias a estas características, la introducción puede ayudar al lector a orientarse a su vez antes de penetrar en el texto formado por la palabra del mismo Lutero.

Finalmente, es nuestro deber destacar la presentación, que es obra de la Editorial Aurora y de la Imprenta Metodista, sin olvidarnos de mencionar el aspecto atractivo de la tapa.

Béla Leskó

INDICE DEL NUMERO

Editorial: Pág.

La Reforma Protestante y el Hombre Contemporáneo, por *José David Rodríguez* 1

El papel del Confesionalismo en el Movimiento Ecuménico de América Latina, por *Guido Tornquist* 3

La traducción del texto latino de la Confesión de Augsburgo, por *Carlos Witthaus* 17

El propósito de la Salvación Divina, por *E. J. Keller* 20

La vida de la Iglesia de Dinamarca vista por un heredero argentino-danés, por *Alfredo M. Jensen* 28

Forum 36

Bibliografía 39

EN ESTE NUMERO:

Autor de nuestra editorial es el *Prof. José D. Rodríguez*, de la Facultad Luterana de Teología. El artículo escrito por el *Rvdo. Guido Tornquist*, asistente y representante del Director de la Comisión Latinoamericana de la FLM, fue pronunciado en forma de conferencia, en ocasión de una consulta interdenominacional en los EE.UU. y aparece aquí traducido por nuestra traductora *Greta Mayena*. El *Prof. E. J. Keller* es director de un programa educacional de la Iglesia Luterana —Sínodo de Missouri— en el área del Caribe. El *Prof. Carlos Witthaus* de la Facultad Luterana de Teología ya es un conocido de nuestros lectores.

Una vez más presentamos a un egresado de la Facultad Luterana de Teología, el Pastor Alfredo M. Jensen, a quien está confiada la Congregación Danesa del Sud, con sede en Tres Arroyos, Provincia de Buenos Aires. El Pastor Jensen ha completado sus estudios en Dinamarca y regresó con experiencias pastorales adquiridas en aquel país. El *Sr. Raúl Denuncio*, profesor secundario y ex-director administrativo de una escuela primaria luterana, es ahora candidato a la graduación que concede la Facultad Luterana de Teología.

Hacemos saber a nuestros lectores que el *próximo número* de nuestra revista llevará el título: "La comunicación del Evangelio; la Palabra en nuestras palabras", y contendrá las contribuciones más importantes de dos conferencias realizadas recientemente en Guatemala y Argentina.

FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01488 7329